

Marco Fidel Suárez

La patria, como Raquel, llora y solloza y no quiere consolarse, porque ha perdido a su hijo predilecto.

La muerte del señor Suárez priva a la Iglesia de un defensor inapeable; a la república, de un hábil conductor; a las letras castellanas, en uno y otro hemisferio, de uno de sus cultivadores más eximios.

El señor Suárez fue ante todo católico; y el biógrafo o el crítico que olvide o calle esta condición fundamental no acertará a explicarse la persona y las labores del varón egregio que acaba de descender al sepulcro en brazos de la muerte para ascender a la gloria en alas de la inmortalidad.

La fe que se le infundió en el bautismo, lejos de desteñirse o debilitarse, fue ganando de día en día en brillo y robustez, y llegó a ser el razonable obsequio que recomienda San Pablo, mediante estudios tan extensos como profundos en la ciencia religiosa, principalmente en lo tocante a las relaciones entre la ética cristiana y las disciplinas del Derecho, entre la religión y la política, entre la Iglesia y el Estado.

Quien se halle, en lo que mira a esos asuntos, cerca de las ideas del señor Suárez, se encuentra cerca de la verdad; y quien se conforme con ellas se identifica con las enseñanzas de la Santa Sede Apostólica.

No era la fe, en la mente del señor Suárez, hábito puramente especulativo. Tradujo sus creencias en austeras virtudes que nadie ha sido osado a negarle y que se mantuvieron y acrecentaron con la práctica no interrumpida de la piedad cristiana. Fue hombre de oración y de sacramentos con frecuencia recibidos y profesó la regla de la Tercera Orden de San Francisco de Así. Le ví en una de las más solemnes festividades re-

ligiosas, revestido con el escapulario franciscano, llevar por las calles de la ciudad enarbolado el estandarte seráfico.

Si se afilió a un partido político, si le sirvió con abnegación admirable, si lo quiso ver unido y compacto, fue porque en aquella agrupación encontró segura garantía para los derechos de la Iglesia, para la libertad de las conciencias cristianas, para la educación moral de la juventud. Tanto fue así que algunas veces se inclinó a que su partido llevara el nombre de católico, como los de Bélgica y Alemania; aunque en otras ocasiones lo movió al parecer contrario el pensar que al lado de la doctrina católica los partidos profesan opiniones meramente políticas, y que no conviene que la Iglesia lleve sobre sí el desbordamiento de las pasiones humanas.

El católico practicante, sin distinción de sexos ni edades, de posiciones sociales, de grados de instrucción, anhela propagar y defender su fe. En todo buen cristiano hay, más o menos, un apóstol y un soldado; y una frase de un niño o de una vejezuela ignorante suele dar más fruto que doctos tratados o elocuentes discursos. Jesucristo, según su propia expresión, vino a ponerle fuego a la tierra para incendiarla; y sus discípulos ansían por conservar y avivar aquella hoguera. El señor Suárez dispuso de poderosos medios de difusión y de combate, por su influjo como jefe de un partido, por su autoridad como magistrado, por aquella pluma que no se reemplazará en el mundo español antes de mucho tiempo.

Hubo un momento en que el bando político amigo de la Iglesia se vio desconcertado y exhausto. Entonces el señor Suárez, por propia iniciativa y con doloroso sacrificio del amor propio, convocó una reunión

de muchos connotados católicos, varios de los cuales le habían denostado y ofendido en pasadas luchas intestinas. Y el partido se unió y proclamó la candidatura del doctor José Vicente Concha, quien se mostró en el poder deferente y respetuoso para con la Iglesia, de quien ha sido siempre hijo fidelísimo.

De lo que fue el señor Suárez como presidente de la República en sus relaciones con la Iglesia, dio testimonio el Sumo Pontífice Benedicto XV, al concederle el privilegio, sólo otorgado por la Santa Sede a algunos obispos, de tener reservado el Santísimo Sacramento en la capilla del palacio.

Edificante era la manera como el señor Suárez trataba a los prelados y a los sacerdotes y su afecto por las comunidades religiosas, que son el corazón de la Iglesia. Dicho se está el vínculo que lo unía a la Orden Franciscana; y no menor afecto profesó siempre a la Compañía de Jesús, vanguardia de los ejércitos de Cristo. A pesar de la escasez del tesoro público construyó la mitad del nuevo edificio de San Bartolomé, que es ornamento de la capital y la mejor fábrica escolar de la República. Los jesuitas le pagaron aquella deuda acompañándolo hasta el último momento y dándole la mano para el temeroso salto del lecho de la agonía al tribunal del Juez supremo.

No se cansó la pluma del señor Suárez en la difusión y defensa de la fe. Quizá no hay artículo ni discurso suyo que no contenga una profesión de sus creencias, una exhortación a la virtud; sin contar lo que produjo inmediatamente con tan altos fines. Citaré entre sus obras más antiguas las conferencias sobre el positivismo pronunciadas en el Colegio del Rosario; y entre los trabajos más recientes el *Sueño de Renán*, en que retrata de cuerpo entero, con vívidos colores y pare-

cido admirable, a aquel infeliz apóstata que emprendió la antipatriótica tarea de germanizar a Francia implantando en ella la filosofía de Kant y de Hegel, y malbarató su inmenso talento y su áurea pluma en el estéril propósito de arrebatarse su divinidad al Redentor del mundo.

Mas, por dictamen universal que comparto, la obra maestra del señor Suárez, la que bastaría por sí sola para inmortalizarlo, es la *Oración sobre Jesucristo*, pronunciada en el Congreso Eucarístico; trabajada, según confesión de su autor, durante catorce años; que puede servir por varias semanas de punto para la meditación sacerdotal; que prohiaría sin vacilar cualquiera de los dos Luises.

El ilustre apologista fue de una intolerancia absoluta para con los errores opuestos al dogma revelado, como debe serlo todo católico, como lo es quienquiera abrigue, en cualquier orden de ideas, no opinión sino certeza. Sería de ver el matemático que conviniera en la posibilidad de que dos y dos sumaran cinco. Pero, en el campo inmenso que Dios dejó a las disputas de los hombres, el señor Suárez sabía dudar, indagaba el parecer ajeno, pedía consejo y, en el curso de su vida, rectificó muchos de sus juicios. De otro modo, habría sido un nuevo ejemplar del hombre fósil; no del encontrado en alguna caverna invadida por la arenisca, sino del que anda por todas partes presentándonos las modas filosóficas de ahora medio siglo como el *summum* de la elegancia intelectual. Por lo que mira a los hombres, el Presidente de Colombia llamó a colaborar en su gobierno, como ministros del despacho, a varios distinguidos liberales; elogió en términos calurosos, desde la tribuna del cementerio, al General Rafael Uribe Uribe y al doctor Nicolás Esguerra, y pronunció el discurso

con el cual se inauguró el bronce del doctor Manuel Murillo Toro. Y admitió en el reducido grupo de sus amistades a algunos de sus adversarios en religión y en política. A los que censuran a un católico por su afecto a los contrarios puede responderseles con el ejemplo del Maestro Divino, acusado de ser amigo de los publicanos y sentarse a su mesa. El Señor aceptó el cargo, añadiendo que no los justos sino los pecadores son los que han menester del médico. Claro está que los simples fieles no son médicos espirituales, puesto que no perdonan los pecados, pero sí pueden aspirar al empleo tan humilde como fructuoso de enfermeros de las almas.

¿Cómo no había de amar el señor Suárez a la patria, si esa dilección es precepto de moral cristiana, de que Jesucristo nos dio ejemplo? Y era forzoso que amase a la república, merced a cuya constitución pudo él elevarse desde la cuna humilde oculta en las montañas antioqueñas hasta el solio de Bolívar. Se ha dicho en elogio del señor Suárez que él fue un autodidáctico; pero Lacordaire afirma que no hay hombre capaz de instruirse sin el auxilio de un maestro, y no excluye de esta regla a los genios. Lo que hay de cierto es que los hombres medianos necesitan de preceptor desde el principio hasta el fin de sus estudios; mientras que a los varones superiores les basta recibir el primer impulso para que ellos solos lleven a cima la tarea. Recibió el señor Suárez las primeras nociones del saber de labios del canónigo Gómez Angel, a quien son deudores de idéntica merced muchos de los hombres más distinguidos de Antioquia; y pasó luego al Seminario conciliar de Medellín, donde empezó a conocer a los grandes autores de aquel idioma que es el de la Iglesia católica y el de la ciencia del Derecho. Y allí supo de la gramática; entendió las doctrinas de don Andrés Bello, po-

niendo cimiento firmísimo a su futuro edificio literario. Hoy muchas gentes hablan con desprecio de la gramática y de la retórica, asegurando, con razón, "que ellas solas no forman escritores. Tampoco el pedernal da chispas si el eslabón no lo golpea; pero ni aun el genio rinde la plenitud de sus frutos ni alcanza la perfección de la forma si no se asienta sobre la base de aquellos estudios. Ya lo dijo Iriarte:

Ni dá lumbre el pedernal
sin auxilio de eslabón,
ni hay buena disposición
que luzca, faltando el arte.
Si obra cada cual aparte
ambas inútiles son.

El humilde estudiante antioqueño emprendió viaje a pie hasta la capital de la república, con fatigas y escaseces sin cuento. Al llegar encontró asilo, protección, afecto y estímulos en el colegio del Espíritu Santo, regentado por los señores don Sergio Arboleda y don Carlos Martínez Silva. Escribió entonces su trabajo sobre la gramática de Bello, triunfador en el concurso abierto por la Academia Colombiana con ocasión del centenario del patriarca de las letras americanas. Aquella noche, en la junta solemne, se supo que una nueva estrella había aparecido en el firmamento intelectual de Colombia y que había nacido el sucesor de Miguel Antonio Caro y de Rufino J. Cuervo. El primer puesto público que desempeñó el futuro internacionalista fue el de escribiente en el ministerio de relaciones exteriores, donde empezó a estudiar, uniendo la práctica a la teoría, aquella ciencia del derecho de gentes fundada por el sabio dominicano y egregio filósofo tomista fray Francisco Victoria y llevada a la cima por el presidente Wilson al concebir la liga de las naciones. El humilde dis-

cípulo llegó a ser maestro insuperable; dirigió nuestra cancillería e influyó en ella durante un tercio de siglo; y «Doctrina Suárez» se llama en toda la América Española la que expuso su autor sobre las relaciones entre las repúblicas bolivianas.

Colombia hasta hace cuarenta años no tenía linderos definidos con ninguna de las naciones limítrofes; situación insostenible, como que era ocasión a incesantes choques y reclamos y hubiera podido serlo de una guerra internacional. Hoy nuestros límites, salva una excepción, están claramente señalados y esta tarea gloriosa se debe en su mayor parte o a la iniciativa o a la colaboración de don Marco Fidel Suárez, ya como ministro de relaciones exteriores, ya como miembro de la comisión asesora de aquel despacho, ya como presidente de la República. Y este solo título le sería pasaporte a la inmortalidad.

Se ha dicho que aquellos tratados, en que tuvieron parte varones ilustres de ambos partidos, cediéron jirones del territorio nacional. Este cargo no es justo. En las repúblicas bolivianas el criterio que se ha seguido es el de respetar el *uti possidetis juris de 1810*. Pero los reyes de España, desde el palacio real de Madrid, el Escorial, o el Pardo, no podían delinear con exactitud geográfica linderos que pasaban por desiertos no hollados por ningún europeo; ni les importaba mucho esa delimitación, dueños como eran de todas las colonias. Además, ningún tratado se verifica en tiempo de paz entre dos Estados sin mutuas concesiones. Una nación no realiza todo lo que pretende sino al otro día de una guerra en que haya salido vencedora.

Nada más delicado para Colombia que sus relaciones con los Estados Unidos después del acto injustificable que nos arrebató el istmo de Panamá. La gran república del norte es hoy árbitro de la suerte, no solo de las

hispanas, sino también, hasta cierto punto, de las naciones europeas. Es ella la que compra la mayor parte de nuestros frutos de exportación; élla la única que nos ofrece capitales para desarrollar el adelanto de nuestro país, y, dueña de la zona del canal y con el influjo que ejerce en la república panameña, es en realidad nuestra vecina. Le oí decir a un eminente personaje de la Iglesia estas palabras: «Al que arregle de un modo decoroso nuestras relaciones con los Estados Unidos debe levantársele en vida una estatua». No la tuvo en vida el señor Suárez; espero que la tendrá después de muerto.

Una mayoría considerable de sus conciudadanos lo elevó a la presidencia de la República. En ella a nadie persiguió, no quebrantó ningún derecho, no violó la Constitución ni las leyes, y a pesar de la penuria del tesoro dio vigoroso impulso a muchas obras públicas, terminó algunas de ellas preparándoles a sus sucesores una era de prosperidad. En el último congreso reunido durante su administración encontró una mayoría francamente hostil, que se opuso a los proyectos presentados por el gobierno, e hizo al presidente una multitud de cargos que no califico de calumniosos porque, aun suponiéndolos ciertos, en nada le dañaban la honra. En manos del señor Suárez estaba el no prorrogar más las ya dilatadas sesiones del parlamento; pero él creía de suma urgencia la aprobación del tratado con los Estados Unidos y comprendió que no la obtendría por oposición a su persona. Entonces cumplió el acto más hermoso de su vida separándose del mando supremo, no sin asegurarse antes de que pasaba a manos sumamente hábiles y dignas.

No se preocupó el señor Suárez, como los gladiadores mortalmente heridos en el anfiteatro Flavio, por caer con soberana elegancia y obtener así el último aplauso de los espectadores; y luego dio excesiva importan-

cia a las detracciones y proceder de sus adversarios, sin acordarse de que esos son gajes inherentes a la grandeza de los conductores políticos.

¿Cómo hablar del humanista consumado, del escritor incomparable? A su erudición gramatical, agregó estudios muy a lo hondo de lingüística y filología comparada, de semántica y de fonética, que le permitieron descubrir el origen de innúmeros provincialismos colombianos; explicar por qué varias palabras mudaron de significado al pasar de la Península al Nuevo Mundo, y por qué un mismo vocablo se pronuncia de distinta manera en Castilla y en Colombia. Nos enseñó cómo muchos apellidos que creíamos indígenas son de pura cepa española. Con aquellos conocimientos, con las rectificaciones del señor Cuervo y con la lectura de novelas regionales españolas, absolvió de culpa y pena muchas voces condenadas a las tinieblas exteriores en la primera edición de las admirables *Apuntaciones críticas*.

Yá podemos los bogotanos citar a una persona para el *altozano* de la Catedral, gozar un rato con la *charla* de un amigo, anteponer el título de *mi sia* al nombre de las damas, ver pasar los soldados en formación con el *chopo* al hombro, comer *lantejas* y *frijoles* y ponernos *zapatones* para salir a la calle en tiempo lluvioso.

Quedó dicho arriba que don Marco Fidel conoció desde mozo los clásicos latinos; y en sus escritos se hallan frecuentes reminiscencias de estos autores. Pero en el banquete intelectual que él se servía todas las noches, Cicerón y Tácito, Horacio y Virgilio, apenas aparecían en las entradas y en los postres; la comida de resistencia se componía de los escritores españoles. Los conocía a todos, aun a los más olvidados, y los estudiaba, llenándolos de comentarios marginales y comparándolos unos con los otros. De aquella fuente nació el mágico estilo.

Cuando empezó a publicar en *El Nuevo Tiempo* los *Sueños*, última producción de su pluma, los lectores devoraban las columnas del diario; y cuando meses después compiló los doce primeros artículos en un volumen, los bogotanos que ya los conocían y que eran en gran parte adversarios políticos del autor, agotaron la edición en menos de tres días. Todavía nuestra ciudad no ha desmerecido su título de Atenas suramericana.

Decía del estilo, y quizá mejor diría de los estilos del señor Suárez, porque él variaba la forma exterior de sus escritos según el asunto y las circunstancias del momento. Ora empleaba el período dilatado y rotundo de Granada y Cervantes, ora el modo sentencioso del autor de los *Nombres de Cristo*; ya la prosa serena y elegante de Jovellanos, ya la frase hiriente y cortada de Quevedo. Mas en aquella variedad había un sello común inconfundible, algo que no permitía dudas sobre la persona del escritor. Su lenguaje era de una perfección desesperante. Varias veces en los *Sueños* dejó escapar intencionalmente algún *gazapo* (otro pintoresco neologismo colombiano), con el fin de que Justino o Donato lo atraparan en el artículo siguiente y tener ocasión de exponer alguna curiosa doctrina gramatical o literaria.

La riqueza de su lenguaje era asombrosa; no tanto la opulencia lexicográfica, facilísima de adquirir con el manoseo del diccionario o de los clásicos antiguos, sino la sintáctica, en la cual Suárez no tuvo superior, a no ser fray Alonso de Cabrera, el famoso predicador de Felipe II. En ocasiones, leyendo por primera vez algo del señor Suárez, me he detenido aposta, en la mitad de una cláusula, para adivinar cómo pudiera terminarse; y después de vanos esfuerzos he visto con sorpresa un final de gallardía y sonoridad extraordinarias. Cuando dije que su riqueza principal no era la lexicográfica, no

pretendí negársela. Sabía él, según el consejo de fray Luis de León, que, «mudar de vocablo es limpieza»; pero tampoco olvidó que en ninguna lengua hay dos voces rigurosamente sinónimas. No es lo mismo padecer que sufrir, ver que mirar; no se identifican la inteligencia y la razón, el amar y el querer, ni la voluntad y el deseo. No se advierte la abundancia del vocabulario porque él no empleaba el arcaísmo sino en corta medida, como la sal en los manjares, y cuando usaba alguno lo engastaba tan guapamente en la frase que aun el lector menos letrado lo entendía fácilmente. Ni rehuía tampoco el neologismo castizo y de buen tono, que es señal en un idioma, de su vitalidad y pujanza.

La prosa tiene, como la poesía, una música que constituye uno de sus mayores encantos. No está ella sujeta a leyes fijas como las composiciones métricas y por eso se requiere un oído delicadísimo para emplearla y sentirla. Una de las calamidades de la época presente es leer tanta prosa que parece verso y tanto verso que no es sino una mala prosa. Los maestros de la música en cuestión han sido Marco Tulio entre los latinos, san León Magno entre los padres de la Iglesia; en España, Granada; Bossuet en Francia, y algunas veces Marco Fidel Suárez en Colombia.

En un articulejo sobre prosodia castellana que publiqué hace años escribí lo siguiente: «En el incomparable discurso sobre Jesucristo dice don Marco Fidel Suárez, hablando de san Francisco Javier: 'Mucho *tiempo* después, al pasar los marinos de Inglaterra *frente* al *promontorio* donde murió aquel héroe, *detenían* sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a *Javier* con los honores de *almirante*'.

«Dígase 'muchos años después'; 'por la isla donde murió'; 'saludando al misionero con los honores navales', y el magnífico período habrá perdido mucho de su

grandiosa sonoridad. Y si mudamos la frase 'detenían sus navíos', cuya suavidad contrasta con lo anterior y lo siguiente, diciendo, verbigracia, 'paraban las naves', le habremos quitado un primor exquisito al pasaje».

Colombia se ha honrado a sí misma con el pesar que ha sentido por la desaparición del señor Suárez, con los honores que ha principiado a tributar a su memoria. No sé quién será su sucesor, quién se sentará en aquella cátedra enlutada y vacía. Bien hace la patria en llorar como Raquel la pérdida de su hijo.

R. M. CARRASQUILLA

